



**Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá**



## **El noviazgo del tiempo viejo**

En el pequeño mundo que formaba la sociedad asuncena de aquellos días, allá en el albor del siglo pasado, la llegada de Plácido Carísimo constituyó un acontecimiento y fue tema de todas las conversaciones. No había el joven acabado de abrazar a los suyos cuando ya empezaron a llegar al viejo caserón [57] de la calle de la Rivera los mensajes de bienvenida que las relaciones de la familia mandaban por conducto de sus esclavos. Los aldabonazos dados a la puerta se sucedían sin cesar y, franqueada la entrada, los mandaderos recitaban el mismo mensaje aprendido de memoria:

-Hacen decir los amos que cómo están todos por aquí, que ellos, están buenos y que cómo llegó el niño y que le mandan muchos saludos y esta golosina y que felicitan al señor y a la señora por tener nuevamente a su hijo en casa.

-Dile a tus amos -contestaba la señora- que nuestro hijo ha llegado muy bien, que le agradecemos mucho su saludo y su fineza y que esta tarde el viajero irá a saludarlos.

Sobre la mesa del comedor se iban alineando a medida que llegaban los recaderos portadores de saludos y regalos, dulceras repletas de exquisito contenido, fuentes cargadas de rosquillas, cestos llenos de frutas, bandejas con chipas, todas y cada una de

estas cosas muy bien dispuestas con la gracia el decoro señorial que nuestras abuelas imprimían como un cuño distintivo [58] en cuanto salía de sus manos pulcras y sabias.

Y claro está que fue aquel un día de alborozo para la familia. El viejo caserón, la casa del Gobernador -ya entonces era viejo y aun existe ese caserón en cuyas venerables ventanas me parece ver asomados rostros de hermosas abuelas mías, y por cuyo medio derruido corredor se me antoja que discurren aquellos señorones de leyenda cuya figura contemplo en viejos daguerreo tipos!- resonaba todo él sacudido por el alegre bullicio de grandes y pequeños, de amos y criados, que en aquellos tiempos estos participaban del gozo y del pesar de aquellos y dentro del mayor respeto tomaban parte cordial en las expansiones de las familias cuyo pan comían.

Nadie se recogió esa siesta por querer todos seguir rodeando al mancebo y oírle contar cosas de su viaje y acosarle con preguntas sobre lo mismo. Hasta la abuela nonagenaria siempre recluida en su aposento y a quién el recién llegado acudió a dar, antes que a sus padres, el primer beso, se hizo conducir al corredor y allí, figura central, como un ídolo, del grupo familiar, con sus cabellos no menos blancos y [59] puros que los jazmines de la enredadera que daba sombra y perfume al cuadro, aguzaba los oídos para seguir el curso de la conversación. Se limitaba a escuchar la abuela porque los primeros achaques de su claudicación no la dejaban ya coordinar ideas ni recordar palabras para expresarlas con aquella pureza de idioma que distinguía a las damas y caballeros de nuestra vieja sociedad y que hasta hoy me asombra y encanta en el decir de viejas tías en quienes veo ¡ay!, el vacilante fulgor de una tradición que se va apagando...

Pero hizo la anciana una pregunta, una sola, a pesar de su silencio habitual:

-Me dirás, hijo si mientras estuviste lejos de nosotros observastes tus deberes de cristiano...

Era dulce la voz de la abuelita y era como una generosa bendición el celeste mirar de sus pupilas.

-Y bien que los observé, señora, yendo todos los días a misa y confesando y comulgando con frecuencia. Ni un momento separose de mí este escapulario de la Virgen de los Dolores que usted me dio, ni este crucifijo que madre colgó de mi cuello. [60]

Y así diciendo, el mozo mostró ambos objetos piadosos.

-Dios te bendiga, hijo y, te conserve siempre así. Bien sabes que ese escapulario es reliquia del Santo Bolaños de cuyas manos lo recibió en trance de muerte un abuelo tuvo y desde entonces la Virgen de los Dolores reina en la devoción de nuestra familia.

Empezaba a declinar la tarde cuando Plácido Carísimo, muy paquete, salía de casa en compañía de su padre. Era bello y apuesto. Alto, de tez blanca, los ojos celestes y el cabello rubio de los Haedo y con la arrogancia sonriente de los Carísimo, su figura atraía la mirada e inspiraba simpatía. Su padre lo contemplaba con el rabillo del ojo, y encontrándole tan lleno de gentileza, sentíase orgulloso aunque lo disimulaba.

Antes de tomar rumbo, vaciló, consultó la hora y dijo:

-¿Adónde iremos primero? Empezaremos por nuestra cuadra: esta tarde saludarás a los Recalde, luego iremos a lo de Jovellanos y si tenemos tiempo nos llegaremos a lo de Bazarás. [61]

Y fueron allá.

-¡Jesús, José y María! ¡Y qué crecido está Placidito y qué guapo y, qué señorón!

Lo abrazaban y besaban, lo palmoteaban, haciéndole ponerse en una y otra postura para estudiar en su porte, en el corte de su cara y en la expresión de sus ojos y de su sonrisa a quién se parecía.

-Sí es tu estampa, José -afirmaba una.

-No tal, que es el retrato de María Josefa; ¿no ven que todo él es Haedo?

Una tercera opinión decidía, conciliadora:

-Se parece a los dos. El porte y la expresión son del abuelo y los ojos y el cabello de la madre. Pero la verdad es, y no te engrías niño, que eres muy guapo...

El tiempo les dio para visitar a las tres familias que se habían propuesto ver y, ya anochecido, regresaron a casa, precedidos por un esclavo que mandaron a alumbrarles el camino los Jovellanos.

Días después, los esposos y su hijo Plácido se reunieron en el salón. La madre sentada en el estrado, en amplio [62] sillón abacial, el mismo que lejanos abuelos habían ocupado presidiendo las tertulias y consejos del hogar; en sus manos una labor que no dejaban de proseguir los dedos ágiles y finos, mientras con voz sosegada conversaba.

El padre se paseaba lenta y gravemente. Por un postigo abierto entraba discretamente la luz de la calle.

Habló la madre:

-Plácido, hemos decidido hablarte de un asunto serio. Eres ya un hombre, como que pronto cumplirás veinte años, y es tiempo de que tomes estado.

El padre interrumpió el paseo y se puso junto a su esposa, apoyando un brazo en el labrado respaldo del sillón.

-Sí, hijo mío -dijo a su vez- queremos casarte y ya te tenemos novia.

Una ola de rubor encendió el rostro del mozo.

-Haré la voluntad de ustedes -se limitó a decir.

-Harto lo sabemos, que para eso te dimos cristiana crianza -dijo la madre- pero nos holgaríamos mucho de que nuestra voluntad fuera pareja con la tuya. ¿No hay alguna niña de las familias amigas que prefieras? [63]

-No he pensado en eso, madre, pero diré a usted que, puesto a elegir, Lolita me gustaría mucho...

Los esposos se miraron sonrientes.

La elección del mozo les llenaba de contento. En Lolita, precisamente, no pensaron ellos, porque era muy jovencita la niña, pero sí en una hija cualquiera de sus compadres Jovellanos.

-¡Loado sea Dios! Mucho nos complace tu elección Plácido, por concordar con nuestro gusto; esta noche irá tu padre a pedir la mano de Lolita para ti.

Vestido de gran ceremonia salió al toque de ánimas de su casa mi bisabuelo y precedido por un esclavo que le alumbraba el camino dirigióse a casa de Jovellanos, muy cerca de la suya, donde ya le aguardaban con conocimiento del objeto de su visita. Reunida estaba toda la familia en el salón lleno de luz.

-¡Ave María Purísima! -dijo el visitante al trasponer la cancela donde un criado tomó de sus manos la galera de felpa y la airosa capa española.

-Sin pecado concebida -le respondieron, y el dueño de casa salió a recibirlo con cortesía acogedora. Penetraron [64] ambos en la sala y el visitante avanzando hasta el estrado, saludó a la señora con ceremonia en la que el objeto de la visita puso un aire de gravedad.

Las niñas formaban un grupo aparte, menos una que jugaba con una muñeca, debajo de la gran mesa dorada emplazada en el centro del salón.

-Pues ya sabéis -dijo después de un momento el visitante- el objeto de mi visita. Plácido está en edad de tomar estado y queremos su madre y yo que lo haga cual corresponde a su condición. Felizmente su voluntad y la nuestra se hermanan en una elección que nos colma de contento. Una de vuestras hijas es la elegida.

Las niñas del grupo, todas casaderas ya, se miraron unas a otras, cuchichearon dándose recíprocamente bromas, cambiaron de color varias veces y acabaron por sumirse en un pudoroso silencio, con los ojos clavados en el suelo. Debajo de la mesa, sobre la alfombra, la pequeñita seguía jugando con su muñeca, abstraída por el encanto del juego a lo que en torno suyo se decía.

-Pues tú dirás, compadre, cuál es la novia... [65]

-A pedirlos la mano de Dolores he venido...

-¿Dolores? Niña en demasía es aún; acaba de cumplir trece años y ahí la tienes entretenida con su muñeca mientras tú la reclamas para tan grave destino.

-¿Qué queréis? A nosotros cualquiera de vuestras hijas nos agradaría, pero a Plácido le ha enamorado la pequeña y esa ha de ser si no os oponéis...

-Oponernos, no, y ya está concedida la mano.

Mandaron recado de que acudiera el mozo y no tardó éste en entrar en el salón, perdido y arrebatado el color sucesivamente, presa de timidez que le cohibía, balbuciente y embarazado en los movimientos por la emoción.

-Dolores, ven acá -dijo la madre después de cambiar los saludos con el mozo.

La niña salió de debajo de la mesa, se arregló ligeramente los cabellos, compuso los vestidos y acudió al llamamiento.

-Plácido quiere casarse contigo: ¿qué dices tú, hija mía?

La grana encendió su rostro y tembló toda ella de asombro. [66]

¡Y qué linda, qué linda apareció así en el oro de un fulgor de luz sobre el incendio de sus mejillas! ¡Fina, alta, de ojos negros y profundos, de renegrado cabello, era un poema viviente de dulzura, de distinción, de castidad y de inocente seducción espiritual! ¡Con esa temblorosa emoción de asombro has quedado en mi espíritu, bella y buena abuelita cuya historia oí contar a otra abuela en un atardecer en que la enredadera florecida de nuestra vieja casona me llenaba de la embriaguez de un lejano perfume!

-¿Qué dices, Lolita?

-Yo... madre... no sé... Si ustedes quieren...

-Sí queremos, y mucho. Sabes quién es Plácido, y quien es su familia y cuánto nos estimamos. Si no te disgusta te casarás con él.

Y la niña no pudo decir más, presa de una extraña turbación. Sus ojazos bellísimos, obstinadamente bajos, brillantes de emoción, con un fulgor de lágrimas que los volvía maravillosos, no alcanzaron más que a vislumbrar, como tras una nube, la apuesta figura del prometido. Pero su alma de luz, flor de pureza y de candor, se sintió presa, [67] bruscamente, del divino arrobamiento del primer amor.

Poco tiempo después las felices bodas se realizaron, y muchas adoradas cabecitas, rubias unas, negras otras, todas muy bellas, de otras tantas blancas muñequitas -¡fueron quince!- no tardaron en venir a llenar de aromas el hogar, sustituyendo con ventaja la estoposa cabeza de aquella otra muñeca con que jugara la madre feliz cuando fue solicitada en matrimonio en el año del Señor de 1814

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

